

lores y Julia ofreciéndose como una ironía ante los valientes ojos del muerto.

Era aquella habitación refugio de la madre y las hijas en sus horas de amargura y desfallecimiento, oratorio donde acudían para hacer del recuerdo plegaria; y era el jardinillo oasis en la jornada monótona y prosaica de su existir.



CAPÍTULO IV

FRENTE al jardín platicaban las dos hermanas bajo el ancho emparrado que ya comenzaba á granar, cuando se abrió la cancela del muro cediendo paso á *la Cantora* que traía sobre su cabeza un cesto de pescado.

Llevaba la falda á media pierna, remangados los brazos y en chanclos los pies.

Fresca y sana, la criatura montañesa dejaba caer las greñas sobre su cutis requemado por el aire y el sol. Por la chambra de percal entreabierto, descubriáanse los arranques

del pecho, blanco, palpitante bajo la tela sucia. Un delantalón se amarraba á su talle, dejando al libre las caderas redondas; con bravo dibujo afirmábanse las piernas en los pies deshechurados y callosos.

Diez y siete años cuenta *la Cantora*, así llamada por su bien entonada voz, y por ser ella quien lleva la copla en el baile dominguero y en las romerías. Hija es de pescadores; siete hermanos tiene entre hembras y machos, todos ellos, con añadidura la madre, sometidos á la férula de un padre borrachón que sólo va á la mar cuando el día está bueno y gasta en las siete tabernas que ornamentan el lugarejo, las ganancias traídas á la casuca por su mujer y por sus crios.

La muchacha vende por los pueblos del alrededor la pesca que cogen sus hermanos, y es cortejo de Güiro, con gran disgusto de los padres.

Tiene *la Cantora* grandes atractivos en su trato y es de cuantas mozas pescadoras existen en la aldea, quien mejores migas hace con

Julia y con Dolores. Rara es la tarde que no aporta por la casa de ellas á contarles sus cuitas ó sus alegrías; y aun á murmurar unas miajas, que la murmuración constituye necesidad en las aldeas y nadie escapa á su dominio.

Hoy la traen cosas propias. El padre ha cogido la mona con el traguo de las once, y porque al medio día vióla platicando con Güiro en el soportal de la Cabaña, arreóle un sopapo de los de cuello vuelto que la hizo ver las estrellas á pleno rayear de sol.

A secundar iba el puñetazo; pero no lo pudo conseguir; Güiro se interpuso y á poco si la emprende con el borrachón. Ella no lo hubiera impedido, que aun le escocía el golpe; impidiéronlo otros vecinos. El su padre, marchóse jurándose las á los dos, y Güiro mordiéndose los labios y apretando los puños.

—Ya ves tú—dice la marinera á Julia.—Ya ves tú, si es bestia el padre mío. A la cuenta suya que no he de cortejar con Güiro y á mi cuenta

que el cortejo no ha de rematars por más trompadas que me arrimen ¡Vaya con los padruco! ¿Quién va a ser novia? ¿Ellos ó yo? Yo. ¿Quién va á sufrir lo malo que venga? ¿Ello ó yo? Yo. Pues entonces, que se me tan en sus quehaceres y me dejen el cuido de los míos.

A una pregunta que hace Dolores sobre los preparativos de las fiestas el rostro de *la Cantora* muda su expresión enfurruñada y tórnase alegre como castañuelas prontas á repicar.

—Tal, que nunca vióse de maja, la vamos á tener;—responde—y que el cielo ayuda. Fijóse el buen tiempo y de seguro no cambia en ocho días. Pasado mañana se escomienzan. ¿No pasásteis hoy por la plaza?

—No — contestó Dolores — de la playa vinimos á casa, por el puente.

—Dende el amanecer estan en la plaza dale que te le dás, arreglándolo tó. En la calle larga, mesmamente lo mismo. Allá, sobre el farolón, armaron un tablao pa los músicos que vienen del propio San-

tander. Pagáos y comíos que vienen; no vos vayáis á presumir que nos entran de gratis.

—Rumboso está el ayuntamiento.

—¡Cómo hay tantos forasteros, quieren darles gusto pa que retornen el verano que viene! Y retornarán. De algunos me sé yo que retornarían manque no hubiese fiestas. ¿Verdad, vosotras dos que sí?

—Déjate de tontunas y sigue hablando de la fiesta.

—¡Tontunas! ¡Tontunas! Pues que no se vé que están los hombres por el querer de vosotras dos y que á vosotras dos no sos gñe el querer de ellos á podrio? En fin, cá cual con sus lances. Y ellos lo merecen. No resultan como los señoritos de la aldea ó como los otros señoritos veraneantes. ¡Los veraneantes!... Fuera parte que los de Madrid tienen la piel más fina y los zapatos más lustrosos, allá se van. ¡En cambio, don Alberto y don Enrique!... A los principios nos chocaban, porque son muy estravagantes; pero muéstranse cariñosos y no desprecian á los po-

bres y hablan razones muy chistosas y, vaya, que nos hemos hecho á ellos tós. Tós los probes, ¿eh? Los ricachos los miran de mal ojo. El único que les oye embelesao es Gundemaro, el secretario. Cómo él sabe de las cosas antiguas y de los libros, claro está, se entienden. En lo que toca á buenos mozos no hay pero que ponerles.

—¡Quieres dejarte de chismorreos, charlatana, y seguir contando los preparativos de la fiesta!

—Verás. Al lao acá, según se marcha pa la fonda, pondrán el kiosco ese de la rifa. A dos reales la papeleta y el produto pa los pescadores cuando nos vengan las apreturas del invierno. Muchas cosas hay, que las mandaron de muchos laos de la provincia. Dicen que don Alberto le ha hecho á Güiro un retrato que está hablando el bestiazo de él. Darán las papeletas las señoritingas. ¿A vosotras no sos han invitao?

—¡A nosotras!... Olvidas que nosotras somos pobres también.

—Pero sóis señoritas.

—Para ti, *Cantora*; para ellos menos todavía que tú.

Julia sonrie tristemente cuando pronuncia estas palabras:

—En la calle larga—sigue diciendo *la Cantora*—pondrán las tribunas pa carreras de cintas. Habrálas este año de caballos y de bicicletas. ¿Tampoco os dieron invitaciones pa las tribunas?

—Tampoco.—¿Y cómo no, siendo ella cosa del alcalde? ¿No es vuestro pariente, el alcalde? ¡Bien cariñoso anda con vosotras! Sobre tó con Julia. No pasas por junto á él que no te acaricie la cara. Cierto, que lo hace con toas las mozucas. A mí también dame golpes en los carrillos. ¡Y yo no soy pariente suya! ¡Qué cosca está el viejo! ¡La que fie de él y de sus arrumacos tontonaza será! Algunas caen; luego... En fin. No murmuro que la hambre es mala y á lo mejor por un cacho de borona véndese una al demonio.

—¡Al demonio!... ¡Siquiera fuesen demonios los que explotan la miseria de las mujeres—interrumpe Ju-

lia.—El demonio es bello; Seduce, no compra.

—Lléveme el demonio que mientas, si comprendo los tus decires. Tornando á las fiestas, á más de lo contao vamos á tener, como sabéis vosotras, cucañas en el puerto y regata de traineras; y regatas de tinas que son pa esternillarse. ¡Aún hay otra cosa! Esta si la ignoráis. Se ha improvisao á la mañana por el señorío.

—¿Qué es ello?—pregunta Dolores.

—Baile en el salón grande de la fonda. Un... un... ¿Cómo le llamaban en cá de Gertrudis, ande le oí mentar cuando estuve á llevarle cuatro docenas de gibiones? Un...

—¿Cotillón?—interroga Julia.

—Justo. Cotillón. ¡Si viérais qué de trajes revolvía Gertrudis! ¡Cómo es la rica del lugar! ¡Tan rica como fea! ¡Y cuidao que, como fea, lo es! Ya pué hacerse una careta con billetes de banco si quí que el novio no agomite la noche de sus boas. También revolvía trajes en su casa la Felicianá. ¡Qué de colorines!... La pobre entoavía no se ha enterao de

que cumple los sesenta, y sigue dándosolas de polla. ¡Valiente polla! Gallina es; y de las que acabaron de poner huevos. ¿Al cotillón, si iréis?

—Tampoco.

—¡Qué demonio!... Hay que divertirse ya que vienen las fiestas y nos manda sol el verano. Aluego llegan los inviernos. Ya sabéis, ya sabéis por experiencia propia lo que son los inviernos. ¡Agua y más agua!... ¡Hambre y más hambre pa los pobres! Ea, con Dios. Ahí sus deajo la rabalisa y voime camino de Pesués. Al nohecer retorno. Y hablaré con Güiro; y si padre pégame otra paliza, lo hablao no me lo arranca con la piel.

Dolores coge la fuente donde platea la rabalisa y entra en la casa. *La Cantora* sale del huerto por la cancela del potillo y Julia queda en el jardín pensando en el invierno que pronto ha de venir, monótono, lagrimeante, sin más distracciones para ella que el chas, chas del agua sobre los cristales, acompañando el tric-trac-tric-trac de su máquina de coser.



CAPÍTULO V

DRAS cinco años desesperantes, llenos por todas las miserias del ambiente aldeano, fué para Dolores y Julia, como día de sol, en los diciembres montañeses, el arribo de los artistas.

Era el mundo de antes, el suyo, que por arte mágico entraba triunfador en la aldea; y fué casi de golpe, al primer encuentro, al primer cambio de palabras, como se estableció la simpatía entre aquellas juventudes reunidas bajo un rayo de luz junto á la espuma de las olas.

Gundemaro, el secretario del

Ayuntamiento, que peinaba en la cara barbas de bandido, y tenía en el espíritu repulgos y timideces de novicia, hizo á doña Mercedes la presentación del pintor, que ganó primera medalla de oro en la exposición última y del músico que recorría Europa en conquista, esgrimiendo como arma de victoria el arco de su incomparable violín.

Aficionado á todas las obras artísticas, siempre y cuando ellas remontan su período de ejecución por lo menos al siglo XVII, era Gundemaro un arqueólogo modesto, no desprovisto de sapiencia, con sus ribetes de pedante y su fondo de hombre de bien.

Mucho había leído. En libros rancios y cachivaches medioevales, consumía los gajes del Concejo, amén de una rentita que le dejaron por herencia. Gastaba su miaja de museo donde lucían cuantas antigallas pudo recoger en los rincones y subsuelos de *Mérina augusta* (así llamaron á aquella aldea los romanos); y con sus museos, sus libros,

sus fragmentos de música religiosa española, que tocaba durante los ocios en un armonium de su propiedad, vivía feliz el secretario.

Hecho fué *ad hoc* para coronista de reyes el buen hombre; más para secretario de Arzobispo ó de Cardenal; pero nació en mala época y es de lamentar que ocurriese tarde el natalicio. Hubiera sido excelente paje de Ilustrísima ó Eminencia, dadas sus aficiones personales y artísticas, y aun con traje talar andaría de perlas: el contorno femenino de sus ancas prestábase mejor á la falda que á los pantalones.

En cuanto supo Gundemaro que dos artistas aportaban á las playas de *Mérina augusta*, cayó sobre ellos é hizose rodrigón de sus excursiones. No hubo piedra que les dejara de historiar, descripción de monumentos que no les hiciera y discurso de los embotellados durante su ya no breve existir, que no volcara en orejas de los veraniegos ilustres.

Estos, que pronto calaron las excelentes condiciones del tipo, aco-

giéronle á su amistad, perdonando sus majaderías en obsequio á sus vetas de artista y á sus relieves de erudito. Era de ver con cuánto orgullo se ufanaba de tales amigos entre los notables del pueblo el barbudo infantil!

¡A cualquier hora soltaba Gundemaro á los jóvenes, como estos no le dieran políticamente á entender que les hacía estorbo! Escudero suyo juróse; escudereándolos tropezó con doña Mercedes y sus hijas y realizóse la presentación.

Ayudó á la intimidad, casi, casi inmediata de los forasteros con las damas, el no ser para ellos desconocido, sino respetado, el nombre de Ramírez. Admirábanle, sabían de memoria sus versos. Haciendo doña Mercedes esfuerzos de memoria, recordó que diez ó doce años atrás, había visto á los dos jóvenes, mal trajeados y en primeras barbas entonces, acudir al despacho estudio de Ramírez, para recibir de su boca la enhorabuena por los primeros triunfos.

Recordaron ellos también, rejuvenecidos y alegres, aquella su entrada en el mundo oficial del arte; aquella primera hoja de laurel ofrecida para su futura corona, por la bondadosa admiración del muerto; al recordarlo, evocaron la dulce imagen de dos niñas que pasaban y repasaban por el estudio como dos auroras, entre el humo de los cigarrros y las pipas.

Eran estas niñas del recuerdo las dos jóvenes de hoy. Al cabo de diez años volvían á encontrarse ellos y ellas sobre una playa del Cantábrico, á la hora dulce del crepúsculo, envueltos por las gasas ténues que subían como un incienso de las olas hacia la hostia solar.

Volvían á encontrarse, los hombres triunfadores, mostrando las satisfacciones del éxito con el resplandor altivo de sus ojos y los sufrimientos de la pelea en las prematuras arrugas, en las canas que comenzaban á platear sus cabellos en el pliegue amargo de sus bocas; las mujeres vencidas por un

golpe de la fatalidad, sepultadas en los rincones de una aldea, para no ser más que insignificantes criaturas de pobreza y olvido.

Un día tras otro se repitieron los encuentros, afirmándose á cada uno de ellos la intimidad. Por ley inevitable de juventud fué tornándose la amistad afición amorosa, aun no traducida en palabras, clara y parlanchina, no obstante, en el llamear de los ojos.

El músico, hecho á las espiritualidades de su arte, que busca en el sonido la esencia de los seres y el espíritu de las cosas, guió su inclinación á Dolores, pálida, rubia, melancólica, casi inmaterial por la armónica delgadez de su imagen, por la idealidad de su contorno que parecía transparentar el alma, como las criaturas inmortales del Greco.

El pintor, más pagano, más enamorado de la forma, de la vida hecha líneas y luz, inclinóse hacia Julia, alta y fuerte como la Juno homérica, escultural como la Venus surgida de los mares para gloria del

praxistélico cincel. Atraíanle aquellos ojos sombriamente azules donde relampagueaban la energía y la independencia; aquellos labios voluntariosos entre los cuales sería el beso, cuando lo modelaran, merced y no entrega; aquella cabellera bronceína que se redondeaba sobre el rostro pálido y oval como un casco guerrero, aquel espíritu que se abría consciente á todos los ensueños del arte, á todas las auroras de la humanidad porvenir.

El también era un anticipo del futuro, un mal avenida con las rutinas y conveniencias de esta sociedad burguesa é hipócrita que hace rebafío de los hombres y apaisa las conciencias, como si cada individuo no fuera uno y diverso; como, si por serlo, no debiera cada individuo regirse según la condición de su alma y la mecánica de su organismo.

Bien notaba doña Mercedes la inclinación de sus hijas por Alberto y Enrique; y bien comprendía que tales inclinaciones no podían convertirse en realidad venturosa; pero

eran los jóvenes modelos de respeto; eran las muchachas virtuosas en el noble y alto sentido de la frase, y no había razón para oponerse á la amistad.

No faltaron advertencias por parte de la madre á las hijas, hechas con tino y discreción. Pero de ahí no pasaba. ¿A qué privarlas de unos meses felices? Pronto se irían los viajeros. Si la dicha que ellos proporcionaban con su trato á las jóvenes traía el dolor de una separación, dejaría en cambio un recuerdo grato para los días del invierno, un rayo de luz para las negruras del diario vivir.

¡Ilusión! Realidad de los que no deben encontrarla venturosa en el mundo. ¡Mientras duras, verdad parece!... Como los sueños eres. ¿A qué despertar á quien sueña? No hace falta. Sin buscarlo llega el despertar. Así pensaba doña Mercedes, que no en valde vivió del amor de un poeta.

No vale decir, porque dicho está, si con tal motivo murmuraron á las

muchachas en la aldea. A las mujeres eso de que unas pobretonas mereciesen preferencia de dos buenos mozos que á más eran en Madrid personajes, poníanlas en punto de rabia; y los hombres, al recelo de que se llevaran uñas de ajeno peñascal las presas que contaban seguras con el auxilio de los inviernos largos y de los escasos posibles, rabiaban también.

—¡Ah, las necias, acudiendo al espejuelo de aquellos señoritos como deslumbradas alondras!... Ya verían, ya verían cuando el septiembre apareciese, como les caían por tierra los palos del sombrero y quedábase papando aire. ¡Ya verían ellas, tan asiduas con los forasteros y tan esquivas con los mozos ricos que podían cambiarles sus caricias y rendimientos, por buenos duros y billetes!

—Quienes siempre fueron ariscas al reclamo de los donjuanes aldeanos, acudían ahora al de los veraniegos, que á la cuenta Dios sabe como serían ellos y de qué vivirían en aquel Madrid!... El diablo con las

mozas; ¡y el diablo con ellos que venían á robarles sus naturales tributarias!

Este era el hablar de los hombres; todo volvíase en ellos miradas de reojo y chistes groseros repetidos entre bajo y alto cuando las jóvenes pasaban con Alberto y Enrique por junto á las mesas del café.

Aún peor tomaban el caso las mujeres. La casa de Gertrudis era inquisición para la honra de Dolores y Julia. No escapaba de tormento la madre. Ella con sus complacencias y debilidades ayudaba á la pérdida de sus hijas.

—¡Vaya con las niñas!—exclamaba Gertrudis.—¡Muertas de hambre que sin nosotras no podrían comer, haciéndose las señoritas y refregándonos por las narices el cortejo! ¡Ya verán; ya verán; no es cosa de que toleremos su falta de vergüenza!... ¡Siempre con los artistas! ¡Más les valiera trabajar para abonar en casa de mi padre la cuenta que tienen por el atraso de los comestibles! ¿Y ellos?... ¿Quién serán ellos? Ar-

tistas. ¿Sabéis? ¡Gentuza que no tiene ayer ni mañana! ¡Locos! Más que locos, borrachos y mujeriegos y jugadores, dejados de la mano santa de Dios.

Gertrudis al repetir éstas ó parecidas frases en el corro de las que pechaban á su caudal, erguía el cuerpecillo giboso y contraía la cara chata y relampagueaba con sus ojillos tomateros y fruncía su boca de dientes amarillos.

—¡Jesús! ¡Jesús!—refunfuñaba Florentina, la moza de los setenta Abriles.—¡Que tales cosas vea una y que tan sin pudor platiquen las señoritas con los caballeros, yendo mano á mano por esos prados y rocajes. Bueno está el mirarlos desde el balcón y el decirles amor con suspiros y cartas. De ahí no debe pasarse, hasta que el casorio se formaliza. Yo nunca pasé y nunca pasaré por mucho que me insten los galanes.

Y Florentina, peniendo los ojos en blanco, hacía un mohín púdico.

—Ya paró mientes en el escándalo el señor cura—gruñía Dorotea, sol-

tera oficial que pasa de los cuarenta años y hace veinte sirve á todos los menesteres y necesidades del vicario—ya paró mientes en el proceder suyo y lo lleva muy á mal, pero, muy á mal. Es ir derechitas á la perdición. Por supuesto, que la madre tiene la culpa.

Entre murmuraciones y calumnias y chismorreos, transcurrió el mes primero de la estancia hecha en Merina por los artistas; y subió de punto la indignación cierto día en que Alberto se franqueó ante un corro de damas y galanes donde le llevaron los afanes presentatorios del inocente Gundemaro.

Hablábase del matrimonio y alguien preguntó á Alberto sus opiniones en tan debatida materia.

Alberto, sin andarse con circunloquios, dijo, que el matrimonio, la unión del varón y hembra, tal como al presente se halla establecida, es contrario á la misma naturaleza del amor.

—¡Cómo!—gritaron seis ó siete voces á un tiempo.

—Como lo digo—añadió Alberto.—El amar y dejar de amar es independiente de nuestras voluntades. Librementede deben pues unirse hombres y mujeres, dejando el amor por árbitro de sus destinos y haciendo de él única y santa ley.

—¡El amor libre, entonces!—exclamó uno de esos burros humanos, serios y solemnes que se parecen por las frases hechas.

—El amor libre no. La libertad de amar, que es una cosa muy distinta—respondió Alberto, volviéndole la espalda.

No faltó quien llevara el resúmen de las doctrinas del pintor á oídos de la familia de Ramírez. Condenados quedaron en la opinión de *Mérina augusta* aquellos dos locos, perdularios que á mayor prueba de maldad, no iban á misa y no se quitaban el sombrero al pasar por frente de la iglesia.

Y ellas, las dos jóvenes, objeto de tan rencoroso murmurar, ¿qué pensaban? No pensaban, se dejaban mecer en la amistad de los artistas

como en una onda suavísima de cordialidad y esperanza.

Dolores más tímida, más retraída, no daba expansión á su afecto. Julia prodigábalo en compañera inteligente y entusiasta del pintor y del músico.

¿Qué les importaba la murmuración de los otros? Ni se dieron cuenta cabal de ella.

Ni aun vieron como una tarde al pasar Julia y Dolores por frente al café, les volvieron la espalda todos los señoritos, mientras don Demetrio, el alcalde, decía por lo bajo, con malicia de sultán rufinesco.

—Dejarlas, hombre, dejarlas. Bueno es que alguno les enseñe el camino. A camino hecho, menos compromiso y más baratura.



CAPÍTULO VI

LAS fiestas de *Mérina* son este año anzuelo de regocijo, donde prenden los inmediatos pueblos que acuden á ellas en bulliciosa procesión de mujeres y de hombres.

Razón hay para esto. Hicieron derroche los ediles y descontando en la provincia cinco ó seis grandes poblaciones, ninguna otra romería igualó en programa á las de la aldea pescadora.

Puestas de perifollos y prendidas con toda la joyería familiar, andan por *Mérina* las ricachas presumiendo de lujo, echándose unas á otras en

cara; bien lavadas casi todas ellas, novedad grande en sus costumbres, y hasta con sus miajas de colorete en los carrillos, y de lápiz carbón en los párpados, único progreso que aceptaron de las madrileñas.

Estas lucen todas sus elegancias, adornando los cuerpos con huecas batistas recubiertas de encaje; las cabezas con sombrerotes de tul, desbordantes en flores; los pies con botitas de lona que suben hasta la media pierna. Ellas las dejan ver levantando al distraído la falda.

Los señoritos meritanos también echan el resto y van como prisioneros en las ropas no acostumbradas. Aun muestran estas los dobleces del arca donde sufrieron cárcel desde el año anterior.

Bajan los indianos en sus coches, adornadas las caballerías con collares de cascabeles; baja con ellos la india con lujo estrepitoso de muse-linas y diamantes; baja también la prole verdinegra, chupando y rechupando pastelillos y confituras. Apéanse frente al café y aun se

dignan andar un rato entre las criaturas. Presto vuelven al coche, hacen á sus conocidos y tributarios un saludo altivo y abandonan el pueblecillo con majestad ridícula de reyezuelos africanos.

La gente campesina mézclase con la marinera en las anchuras de la plaza.

Repican por ella los panderos; por ella van cantando las mozas y al son de coplas y panderas bailan sin descanso con movimientos de fantoches.

Rebosan las tabernas en parroquianos; no descuidan el traguelo las mujerucas; van y vienen por mesas y mostradores las humanas figuras, entre humo de cigarros y vahos repugnantes de alcohol; chorrean vino las espitas, azulea el anís en los vasos; es ámbar, en las medias copas, la caña, y es rosario interminable de mujeres y de hombres el que á los reclamos de la embriaguez acude, sonando la plata y esforzando el ronco vocerío.

En los soportales hacen los merca-

deres ambulantes exposición de baratijas.

A los puestos donde venden sortijones, collares de aljofar, pendientes de falsa pedrería, pañuelos de seda, peines de cuerno, muñecas de cartón y chupadores para niños, siguen los puestos de cerveza y rosquillas; de nueces y avellanas; á estos las ruletas al aire libre; las ruedas de azar á cinco céntimos tirada; los blancos y los pim, pam, pum.

De una bodega hizo teatro la hamponesca comiquería. Al correr de sábanas, que así fueran blancas como grandes, pueden los meritanos ver representadas, por cinco personajes, todas las comedias del antiguo y nuevo repertorio.

Cerca de la Cabaña puso un ciego su historiado titirimundi. Hay que ver por aquellos cristales los países y maravillas de la tierra, con más, escenas del último crimen y del penúltimo naufragio. Cántalos el ciego, acompañado por una guitarra y un violín, en bárbaro romance.

Impreso anda el romance que no

tiene reparo en perpetuar sus versos cojos y sus estupendas asonancias: impreso anda y á perra se vende. Hombres y mujeres hacen provisión de él para que al invierno los relea, en la cocina sin pitanza ni lumbre, algún sabedor de letras de periódico.

El tablado para la música es obra del propio Gundemaro que derrochó en adornarlo las exquisiteces de su ingenio. Forró con percalina el maderámen, recubrió con flores de trapo las columnas; puso en el frontis *Mérina augusta 1908*; y anden clarinetes y tambores y trompas.

También el kiosco, levantado para la rifa cerca de la fonda, se adornó con percalinas y flores de papel y de trapo. Hay muchos y no despreciables objetos en él. Dentro de dos jarros de vidrio, prestados por el farmacéutico, están las papeletas. Detrás del mostrador se relevan las señoritas, haciendo dengues y mohines para que abra el bolsillo todo conocido que pasa á los alcances de sus ojos y de su voz.

Duran cuatro días las fiestas y es penúltimo el de hoy. Destinado se halla á correr cintas en la calle larga y á las regatas de traineras y tinas.

Ya pasó la fiesta religiosa organizada en la ermita del Peñascal con misa mayor y sermón dentro, con borrachera fuera y con su golpe de manzanilla y de pasteles en la sacristía, para restauración de estómagos sacerdotales.

Pasó también la comida de pobres, servida á los menesterosos por las señoritas de la localidad. Ceremonia piadosa en la cual los hambrientos, de puro avergonzados, se quedan sin comer; pero, en fin, los ricos dan prueba de humildad y desprendimiento una vez en el año, y esto siempre complace á Dios.

Pasaron por manera igual las cucañas. En ellas alcanzó el premio Güiro con gran regocijo de *la Cantora* que también llevó primer premio en el concurso de repiconas y cantantes.

Ni á la comida de los pobres, ni á

la presidencia y comisión de cucañas, bailes y cantos, fueron invitadas las de Ramírez. Si entraron en la ermita del Peñascal y oyeron misa y el sermón, fué porque no estuvo en manos de Gertrudis y Dorotea cerrarles las puertas de la casa de Dios. A estarlo, con la puerta les hubieran dado en las narices.

La actitud de Gertrudis y Dorotea era resumen de la general inquina. Apoyada estaba por el rencor de los varones que no perdonaban á las escritoras su preferencia por los artistas forasteros.

Había que darles una saludable lección.

Corriendo ello al cargo de Gertrudis presidenta del mujerío por ser la más rica, escusado es decir que no se omitió ofensa para que la lección levantara roncha en el amor propio de las jóvenes.

Ni una señorita faltaba en las tribunas dispuestas para las carreras de cintas. Lugar había para todas é invitación no faltó á ninguna más que á las de Ramírez. Confundidas entre

la multitud y acompañadas por Alberto y Enrique aguardaban el comienzo de aquel número del programa.

Las de las tribunas cuchicheaban señalando con los ojos y algunas veces con los dedos al grupo. Clara estaba la malevolencia en aquel cuchicheo. Dolores lo esquivaba volviendo la cabeza para hablar con *la Cantora* toda peripuesta, apetitosa como fruta en sazón. Julia arrostrábalo cara á cara poniendo sus valientes ojos en los murmuradores. Doña Mercedes, a quien sus años no permitían largas estancias á pie firme, tomó asiento con otra vieja y excelente mujer, en un banco arriado á los soportales.

Güiro en la opuesta fila á la de *la Cantora* clavaba en ésta sus ojazos y decíale con ellos bien á claras lo que no podía decirle con la voz. Recelo era su apartamiento, de que, arrimándose á la moza, víerale con ella su padre, borracho de tres días, y moviera un escándalo y una música de coscorriones, número no inserto en el programa.

Era artístico el grupo formado por los ciclistas al fondo de la calle larga. Las máquinas adornadas con flores, parecían ramos. Vestían los corredores camisetas de rayas, pantalón corto y altas medias de lustroso torzal; caían sobre sus ojos los viserones de las gorras y restregaban contra el suelo los pies, calzados por finos zapatos sin tacón.

Ordénolos, para su salida, el juez de campo; rompió la música en acordes, saltaron á sus máquinas los ciclistas y comenzó el juego entre carcajadas de burla cuando el ciclista pasaba por bajo del arco sin alcanzar la cinta; entre gritos de triunfo, cuando enderezado el puntero á la anilla, arrancaba el flotante gironcillo de seda.

Mientras corrían los ciclistas, iban llegando los caballos. Paseaba el triunfador ciclista por frente á la tribuna con la banda de seda cruzada sobre el pecho y ya estaban en fila los ginetes, aguardando el momento de abrir galope á sus monturas. Pasaron y repasaron éstas,

bajo el arco donde flotaban las cintas, con las crines tendidas, los cascos tronadores, los ojos brillantes, las narizotas abiertas, los ijares temblorosos, vuelta blanca espuma la piel. Una ovación estrepitosa pagó la destreza del vencedor ginete. Gertrudis ciñó la banda al pecho de aquel montañés herculiano; y fueron de ver los esfuerzos de él para no soltar el trapo en presencia de la estantigua.

No daba la abundancia de los festejos lugar al descanso. Previo un refresco, servido en la presidencia, encaminóse la multitud al muelle para seguir desde las tribunas á lo largo de la vía el viaje de las traineras en regata.

Al llegar al muelle se apartaron Alberto y Enrique de las de Ramírez. Ellos tenían bote á cargo de un hermano de Güiro; éste no podía servirles por tomar parte en la regata. Las hijas de doña Mercedes tenían también sitio en la barca de *la Cantora*, que graciosamente las había invitado. Púsose la moza al

timón mientras sus hermanucos empuñaban los remos y echó ría adelante en espera de las embarcaciones.

Guiaba Alberto el timón de su bote y siempre fué la maniobra en consonancia con el deseo suyo, es decir, aproximando la embarcación á aquella donde estaban las jóvenes.

Era el viaje de las traineras corto. Llegar á la Peña Grande y volver.

Diez embarcaciones con seis remeros y un timonel se disputaban la victoria. Habían puesto sus dueños esmero en el adorno; y eran las embarcaciones canastillas de flores que sólo dejaban libres de capullos y de hojas el sitio del remo y el desplazamiento del timón.

Los hombres, desnudos de medio cuerpo arriba, con los fuertes torsos al sol y las juveniles cabezas empalidecidas por los anhelos de la brega, frotábanse las manos y afirmaban en el banco frontero los desnudos y musculosos pies. El patrón, apoyándose en la caña, aguardaba ansioso la señal.

Vuelo fué el viaje de las traineras. Como cetáceos en huida deslizábanse sobre las aguas; eran los remos en su caer acompasado, en su brioso voltear, aletas formidables á cuyos empujes rompían las olas en penachos de nácar.

Apenas si á la ida hubo distancia entre unas y otras; escoltadas de lejos por los botes y lanchas llegaron á la Peña Grande. Una hábil virada de Güiro le dió ventaja sobre sus rivales y con diez metros de adelanto pasó la trainera suya por frente á la embarcación donde patroneaba *la Cantora*.

—¡Tesa!... ¡Tesa!...—gritó Güiro á sus tripulantes.

—¡Tesa!... ¡Tesa!...—respondió *la Cantora*, poniéndose en pie sobre su barca.

Los seis remeros se alzaron sobre los bancos, hasta ponerse en pie para reforzar el remazo; sus brazos contrajeron las musculaturas hercúlianas, sus piedras se apelotonaron para dar embite á los cuerpos y sus altos pechos crugieron sordamente.

Como hilos de brillantes chorreaba el sudor por sus testas. La trainera dobló su avance y atravesó como una flecha por delante de las tribunas.

—¡Bravo, Güiro, bravo!—clamó la multitud prorrumpiendo en aplausos.

Gertrudis alargó al mocetón la cinta de seda y la bolsa con treinta duros que juntos componían el premio. Güiro, guardándose la bolsa, enganchó la cinta á uno de los remos y alargándosela á la cantora, gritó:

—¡Allá te vás mozuca!...

Al volver del muelle para reunirse con su madre tuvieron Dolores y Julia que pasar por entre el señorío, y fué tan manifiesto el desdén de todos hacia ellas, tan claro el ponerse de espaldas para negarles el saludo, que á Dolores se le vinieron lágrimas á los ojos y Julia palideció mordiéndose los labios.

La Cantora, hecha lazo sobre el cuello la cinta, tornaba los ojos á Güiro que partía con sus tripulantes el dinero de la regata.